

TIM CHESTER

---

GOZA DE



DIOS

EXPERIMENTA SU PODER Y SU AMOR  
EN TU VIDA



EDITORIAL  
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Publicado originalmente en inglés por The Good Book Company, con el título *Enjoying God*, copyright © 2018 por Tim Chester. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Edición en castellano: *Gozar de Dios* © 2021 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Nohra Bernal

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NBLA” ha sido tomado de la Nueva Biblia de las Américas, © 2005 por The Lockman Foundation. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la *Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente*, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

EDITORIAL PORTAVOZ  
2450 Oak Industrial Drive NE  
Grand Rapids, Michigan 49505 USA  
Visítenos en: [www.portavoz.com](http://www.portavoz.com)

ISBN 978-0-8254-5938-2 (rústica)  
ISBN 978-0-8254-6847-6 (Kindle)  
ISBN 978-0-8254-7681-5 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 30 29 28 27 26 25 24 23 22 21

*Impreso en los Estados Unidos de América*  
*Printed in the United States of America*

# CONTENIDO

Un lunes por la mañana con Miguel y Emma	9
1. Más	13
2. Gozo	25
3. En cada placer podemos gozar de la generosidad del Padre	37
4. En cada adversidad podemos gozar de la formación del Padre	51
5. En cada oración podemos gozar de la bienvenida del Padre	65
6. En cada fracaso podemos gozar de la gracia del Hijo	77
7. En cada sufrimiento podemos gozar de la presencia del Hijo	91
8. En cada cena podemos gozar del toque del Hijo	103
9. En cada tentación podemos gozar de la vida del Espíritu	113
10. En cada gemido podemos gozar de la esperanza del Espíritu	125

11. En cada palabra podemos gozar de la voz del Espíritu	135
12. En cada persona podemos gozar del amor de Dios	149
13. En el arrepentimiento diario y en la fe podemos gozar de la libertad de Dios	161
14. Dos principios fundamentales	175
Epílogo: De pie bajo la lluvia	187
Agradecimiento	191

## UN LUNES POR LA MAÑANA CON MIGUEL Y EMMA

**E**s domingo por la mañana. Miguel se llena de gozo mientras entona cánticos en la iglesia. Su pastor acaba de predicar acerca del amor de Dios por nosotros en Cristo. Miguel ha sentido de nuevo cuán indigno es, a diferencia de Cristo, que es digno. Ahora, mientras eleva su voz en alabanza, siente la intensidad de su amor por Cristo. No duda de que en ese momento Dios esté presente. Además, ruedan lágrimas por las mejillas de Emma.

Es lunes por la mañana. El día tuvo un buen comienzo. Todavía animado por la experiencia del día anterior en la iglesia, Miguel se sienta a saborear un emparedado de tocino. Los niños juegan tranquilamente en la habitación del frente. Le lleva a Emma un café para que se lo tome en la cama, y le da un beso en la mejilla. Afuera el sol brilla y los pájaros cantan. La vida no podría ser mejor.

Miguel llega a la estación, donde descubre que han cancelado su tren. El doble de pasajeros deja abarrotado el tren siguiente y Miguel se ve obligado a quedarse de pie. Renuncia al plan que tenía de leer su libro. Es evidente que el hombre que está a su lado y lo empuja no tiene idea de lo que es un desodorante. Los 40 minutos que siguen no van a ser divertidos.

Mientras tanto, Emma está limpiando la leche derramada sobre el piso de la cocina. Samuel y Jairo están peleando por unos zapatos. Y la pequeña Paula... ¿dónde está Paula? Emma mira hacia arriba y ve que la caja de cereal se precipita desde la mesa de la cocina. *¿Cómo puede el día ir tan mal tan rápido?*, piensa ella.

Diez minutos después, Emma da un mordisco de tostada y abre su Biblia. Lee algunos versículos y luego cierra sus ojos para orar. “Padre, te pido que Miguel tenga un buen día de trabajo. Por favor bendice a...”. Jairo irrumpe en la habitación. “¿Dónde está mi suéter de la escuela?”. Samuel le sigue de cerca. “¿Has visto mi tarea?”. Y Paula... ¿dónde está Paula?

Miguel vuelve a cerrar sus ojos y se dirige en su imaginación a un lugar muy distante de aquel vagón repleto de gente. Está a punto de lanzarse a las aguas turquesas de una laguna tropical cuando alguien derrama té en su camisa. Profiere un insulto. Se sonroja de inmediato. Y no solo porque hay té caliente derramado sobre su abdomen. Se siente avergonzado. “Lo siento, lo siento mucho. Es la demora, el hecho de estar de pie; por lo general no soy tan malhumorado”. La joven que sostiene la taza con lo que queda de su té se siente igualmente avergonzada. “No, no. Es mi culpa”, dice al tiempo que se esfuerza por salir, y desaparece.

De vuelta en casa, Emma está en la puerta acompañando la salida de los niños. Uno, dos, tres. Piensa en Cindy. Cuatro. Cada día piensa en Cindy, su cuarta hija que nació con una malformación cardíaca y que había fallecido a los tres meses de nacida. Ausente, pero siempre presente. Pasados dos años, Emma todavía siente la pérdida. Duele. Estando allí de pie en la puerta de su casa, duele. “El tiempo sanará la herida” es lo que dicen las personas. Ella sabe que lo que buscan es ver el lado positivo. Pero ella no quiere “ser positiva”. A veces simplemente quiere llorar.

Ayer Miguel sintió a Dios muy presente. Pero hoy... hoy es diferente. Hoy son trenes abarrotados, pasajeros sudorosos, una camisa mojada y el vacío constante que dejó la pequeña Cindy.

Hoy Dios está... ¿está cómo? No ausente; Miguel no duda que Dios esté en todas partes. Pero tampoco lo siente presente como tal. No de un modo que él pueda ver o palpar.

Emma está de pie en el parque infantil, hablando con otras mamás mientras Paula agarra su camisa. “¿Ya supiste lo que pasó con Rosa? Ya sabes, la mamá de Julio. Bueno, me enteré de que...”. Emma no se ha enterado. Y quiere saber. Un poco de chisme para dar color a la mañana. Un poco de escándalo que la haga sentir superior. Se acerca para poder oír mejor.

“No —se dice a sí misma—. No lo hagas. Mala idea”. Se da vuelta. ¿Era mala idea? ¿Qué daño puede causar un pequeño chisme? Sería una distracción en medio de un día aburrido. Pero Emma piensa en la Palabra de Dios. Piensa en la gracia de Cristo que se ha manifestado en su propia vida. Quiere extender esa misma gracia a otros. “Lo siento —exclama por encima del hombro—. Tengo que irme”. Nadie lo nota. Todas están reunidas en torno al último rumor.

El tren avanza lentamente hacia la llegada. Miguel se agacha para mirar por la ventana, con la esperanza de poder ver la plataforma de la estación. Pero lo único que logra ver es un muro de grafiti. Entonces escucha: “Como resultado de una falla en la señal, habrá un retraso de 15 minutos. Sentimos mucho las molestias que esto pueda causar”. Miguel deja salir un quejido audible. No es el único. El vagón cobra vida con los quejidos de todos los pasajeros.

Miguel cierra sus ojos. Trata de recordar el sermón de ayer. ¿Qué dijo su pastor? Algo acerca de que Cristo es nuestra justicia. Nada nuevo. Miguel lo ha escuchado ya muchas veces. Pero fue un gran consuelo oírlo ayer de nuevo. Y es un consuelo volver a recordarlo esta mañana.

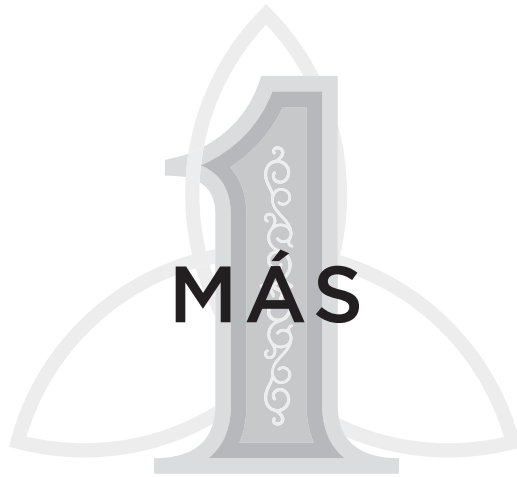
Entre tanto, y un poco tarde, Emma se dirige a la entrada de la casa de Amanda. Se reúnen casi cada semana para leer la Biblia y orar juntas. Emma trata de recordar lo que hicieron la semana pasada. Algo en Filipenses. Algo acerca de conocer

a Cristo. En cualquier caso, recuerda que en ese momento le pareció emocionante.

“Disculpa el desorden”, dice Amanda. Emma sonríe. La casa de Amanda siempre está en desorden. Ella traslada una canasta de ropa de la silla a la mesa, para que Emma pueda sentarse. Amanda le sirve una tasa de café, que estaba demasiado concentrado. Emma no sabe cómo Amanda logra manejar tanto desorden.

Con media hora de retraso, Miguel está por fin sentado en su escritorio. “¿Cómo estuvo la iglesia?”, le preguntó Roberto. Roberto es el único colega cristiano de Miguel. ¿Cómo estuvo la iglesia? La verdad es que siente como si eso hubiera sucedido hace mucho tiempo. Ayer su pastor habló acerca de una relación con Dios. Y el domingo sonaba como una posibilidad real. Pero eso fue el domingo y hoy es lunes. Hoy se siente como una realidad mucho más esquiva. Si solo tuviera más tiempo para orar, tal vez así podría Miguel gozar de Dios. Quizá pueda recrear ese sentimiento de gozo que experimentó el domingo por la mañana. O quizá solo tenga que esperar hasta el próximo domingo. ¿El próximo domingo? Apenas es lunes por la mañana.





**Y**o creo en más. Más de Dios. Claro, más en el futuro, pero también más en el presente. Podemos conocer más a Dios. *Tú* puedes conocer más a Dios.

Siempre he disfrutado de las fotografías y los afiches de las pinturas de Vincent Van Gogh. Pero ver las pinturas con mis propios ojos en el Musée d'Orsay en París me dejó maravillado. El color y el movimiento de las obras era extraordinario. Siempre he disfrutado de las grabaciones de *La ascensión de la alondra* de Ralph Vaughan Williams. Pero cuando la English Chamber Orchestra la interpretó en el Sheffield City Hall, tuve que enjugar las lágrimas de mis ojos. Las notas sublimes del violín dejaron mi corazón extasiado.

Hace poco experimenté el placer de enterarme de que mi equipo de fútbol, el Sheffield United, había vencido a nuestros rivales locales (un equipo cuyo nombre no recuerdo). Sin embargo, estar presente en el estadio cuando marcaron los goles y vencieron a sus contrincantes fue una experiencia completamente diferente. Los hombres se abrazaban embelesados. Me encanta mirar programas televisivos acerca de la campaña británica. Pero cuando salgo a caminar, literalmente salto de dicha y río solo. ¡No estoy exagerando!

De igual modo, siempre he disfrutado leer acerca de Dios. Pero experimentar a Dios mismo me deja boquiabierto, llena de lágrimas mis ojos o me mueve a saltar. A veces, todo lo anterior se junta al mismo tiempo.

Este libro se trata acerca de cómo puedes experimentar más de Dios.

### **EXPERIMENTA A DIOS**

Para llegar a eso, permíteme hacerte una pregunta. ¿Con cuál de los miembros de la Trinidad —Dios Padre, Dios Hijo o Dios Espíritu Santo— sientes más que vives una relación cercana y experimentada? No estoy preguntando lo que piensas que debería ser. Te estoy pidiendo que reflexiones en tu experiencia personal. ¿Por qué no hacerlo antes de seguir tu lectura?

En los últimos años he aprovechado cada oportunidad para hacer esta pregunta a muchas personas en diversos lugares, y en diferentes tradiciones eclesiales. Ha sido un ejercicio fascinante. Siempre encuentro respuestas muy variadas. Algunas personas responden el Padre; otras, el Hijo; otras, el Espíritu Santo; y otras, alguna combinación. Y, antes de que preguntes, no existe correlación aparente entre las respuestas de las personas y su trasfondo eclesial; los cristianos carismáticos no siempre señalan al Espíritu, ni los conservadores prefieren al Padre.

Este libro empezó cuando me di cuenta de que el Padre y el Espíritu eran con quienes yo sentía que tenía una relación viva, mas no con el Hijo. He tenido un agudo sentido de que el Padre es a quien acudo en oración. Sé cómo es pedirle algo y recibir de Él. No siempre recibo lo que pido, pero me alegra confiarle la organización de las circunstancias de mi vida, buenas y malas, para mi bien. Tengo un fuerte sentido de vivir por medio del poder del Espíritu. No lo digo porque ande por ahí haciendo milagros o sienta hormigueos que recorren mi columna. Lo digo porque estoy convencido de que cualquier bien que yo haga se lleva a cabo por medio del impulso y el poder del Espíritu.

Definitivamente no se hace en el poder de Tim Chester. De modo que yo siento mi dependencia del Espíritu.

Sin embargo, me di cuenta de que, en un grado mucho menor, sentía que tenía una experiencia con el Hijo en el presente. Me sentía desconectado de Él. Soy consciente de que Él vivió, murió y resucitó por mí para que yo pudiera ser reconciliado con Dios. Esa es una verdad gloriosa por la cual estoy profundamente agradecido. Estoy convencido de que todas las bendiciones que recibo en mi vida fluyen de su obra. No obstante, eso fue hace 2.000 años, y ahora Él está en el cielo. Eso es mucho tiempo y constituye una distancia considerable. ¿Qué significa *conocer* a Jesús personalmente? ¿Y qué significa relacionarse con Él ahora mismo en el presente?

¿Por qué importa esto?

Porque yo creo en más.

## DOS PRINCIPIOS

Este libro se rige por dos principios claves, los cuales te ayudarán a gozar más de Dios. No son complicados. No son habilidades que necesites dominar ni logros que exijan una gran fuerza de voluntad. Sin embargo, sospecho que muchos cristianos no tienen un sentido fuerte de relación con Dios ni gozan más de esa relación porque no aprecian plenamente estos dos principios. Estos son:

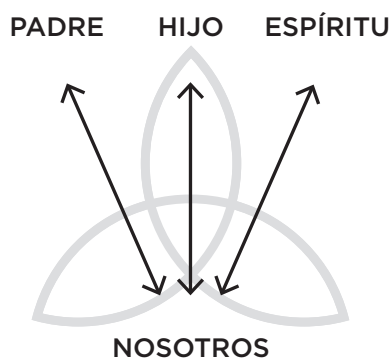
1. A Dios se le conoce por medio de tres Personas, de modo que nos relacionamos con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu.
2. Nuestra unidad con Dios en Cristo es el fundamento de nuestra comunidad con Dios en la experiencia.

Hablaremos del segundo principio en un momento. El primero explica por qué es clave relacionarse con las tres Personas de la Trinidad para gozar más de Dios.

## 1. PODEMOS CONOCER A DIOS: EL PRINCIPIO DE TRES Y UNO

Cuando oramos, es muy fácil pensar que oramos a una cosa o a una fuerza. Puede parecer algo abstracto. Tratamos de imaginar a Dios, pero Dios es invisible. ¿Cómo podemos ver al Dios invisible? ¿Cómo pueden las personas finitas conocer lo infinito? ¡La respuesta es que no se puede! No tenemos una relación con “Dios” en un sentido general. No podemos conocer la esencia de Dios, aquello que lo hace Dios. Su naturaleza sobrepasa nuestra capacidad de comprensión.

Sin embargo, podemos conocer las *Personas* de la Trinidad. Dios vive en una comunidad eterna en la cual el Padre, el Hijo y el Espíritu se relacionan mutuamente en amor. Y cuando Dios se relaciona con nosotros, lo hace de la misma manera, como Padre, Hijo y Espíritu. De modo que cuando hablamos acerca de tener una relación con Dios, en realidad es una manera abreviada de decir que tenemos una relación con Dios Padre, con Dios Hijo y con Dios Espíritu Santo.



La implicación práctica de esto es simple: tu relación con Dios va a profundizarse y a enriquecerse si la piensas en términos de cómo te relacionas con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu. Piensa cómo cada miembro de la Trinidad se relaciona contigo y cómo respondes tú a cada uno.

Por ejemplo, cuando ores, piensa en dirigir tu oración al Padre por medio del Hijo con la ayuda del Espíritu. O cuando leas la Biblia, piensa cómo el Padre se revela a sí mismo en su Hijo por

medio del Espíritu, o piensa cómo el Hijo te comunica su amor por medio del Espíritu Santo.

Ahora detente y piensa en esto por un momento. ¿Cómo se relaciona el Padre contigo y cómo te relacionas tú con Él? ¿Y cómo funciona esto con el Hijo? ¿Y con el Espíritu Santo?

En este libro vamos a ver por separado cómo cada miembro de la Trinidad actúa en relación con nosotros y cómo nosotros deberíamos responder. Descubriremos que el Dios trino, el Dios que es Padre, Hijo y Espíritu, interactúa con nosotros de mil maneras cada día.

Así que el primer paso para relacionarse con Dios es relacionarse con cada Persona distinta de la Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu. No obstante, nunca debemos considerar a las tres Personas sin reconocer al mismo tiempo que Dios es *uno*. La unidad de Dios importa porque supone que conocer a una de las Personas es conocer a todas las tres. Nunca nos relacionamos con ellas por separado. Esto significa que nuestros pensamientos se mueven constantemente de la una a la otra. También significa que este libro va a ser bellamente “desordenado”. Será imposible hablar acerca de una relación con el Padre sin hablar acerca de cómo el Hijo nos ama o cómo el Espíritu nos permite clamar “Abba, Padre”. Será imposible hablar acerca de la presencia de Jesús sin hablar acerca de la obra del Espíritu.

En la película *El mago de Oz*, Dorothy y sus compañeros salen en busca del mago de Oz, convencidos de que es una figura divina que puede darles un cerebro, un corazón y valor. Salvo que el mago resulta ser una farsa. Tiene un aspecto intimidante, pero detrás de todo eso no es más que un pobre anciano. La imagen imponente es nada más una fachada.

A veces las personas se imaginan que Dios es, en cierta medida, como el mago de Oz. Creen que Jesús es el rostro atractivo de Dios, pero es una fachada que esconde a un anciano malhumorado. Nada podría estar más lejos de la realidad. La unidad de la Trinidad significa que cuando vemos a Dios en Cristo, no vemos una máscara ni una fachada. No hay sorpresas detrás de lo que

vemos en Cristo. Jesús es la Palabra perfecta de Dios y la imagen perfecta de Dios porque Jesús es Dios. Ver al Hijo es ver al Padre. Él es “el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” (Hebreos 1:3). El Padre y el Hijo son un ser. No hay ningún otro Dios por ahí. Jesús realmente es como es el Padre. Relacionarse con el Hijo es relacionarse con el Padre y con el Espíritu.

Gregorio Nacianceno, teólogo del siglo IV, lo dijo en estos términos: “No puedo concebir en mi entendimiento uno, sin que al momento me vea rodeado del resplandor de tres; ni puedo diferenciar tres, sin que al momento se vea reducido a uno”.<sup>1</sup>

La verdadera espiritualidad cristiana involucra un movimiento constante del uno a los tres y de los tres al uno. Necesitamos entrenar nuestros corazones para pensar en las tres Personas y en cómo nos relacionamos con cada una de ellas en particular. Por otro lado, necesitamos igualmente entrenarnos a pensar acerca de las tres como una sola, de modo que relacionarnos con una persona sea encontrar a las otras dos.

## **2. PODEMOS CONOCER MÁS DE DIOS: EL PRINCIPIO DE UNIÓN Y COMUNIÓN**

La vida de Moisés distó mucho de ser ejemplar. Sin embargo, por un momento nada más va a ser mi héroe.

Dios había rescatado a su pueblo de la esclavitud en Egipto. Ahora los israelitas en el desierto se fabrican un becerro de oro y lo adoran en lugar de Dios (Éxodo 32:1-6). Aun así, Dios reitera su promesa de entregarles la tierra de Canaán, aunque añade: “Pero yo no subiré en medio de ti, porque eres pueblo de dura cerviz, no sea que te consuma en el camino” (Éxodo 33:3).

Piensa en ese ofrecimiento por un instante. El pueblo puede tener las bendiciones de Dios sin las exigencias de su presencia santa. Imagina que te ofrecieran un boleto al cielo sin necesidad de ser santo. ¿Aceptarías ese ofrecimiento?

---

1. Gregorio Nacianceno, *Sermón sobre el Santo Bautismo*, citado en Juan Calvino, *Institución de la religión cristiana*. (Rijswijk: FELIRE, 1999), 1.13.21.

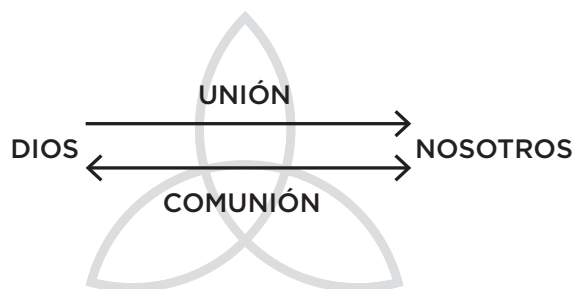
Esta es la respuesta de Moisés:

*Si tu presencia no ha de ir conmigo, no nos saques de aquí. ¿Y en qué se conocerá aquí que he hallado gracia en tus ojos, yo y tu pueblo, sino en que tú andes con nosotros, y que yo y tu pueblo seamos apartados de todos los pueblos que están sobre la faz de la tierra? (Éxodo 33:15-16).*

Esta es una respuesta extraordinaria. En cierto sentido, a Moisés se le ofrece alcanzar la meta de toda una vida de trabajo y poseerla sin la obligación de ser el pueblo escogido de Dios. No obstante, lo que realmente le importa a Moisés es conocer a Dios y ser pueblo suyo. Dios le ofrece a Moisés todo sin Dios, pero Moisés no quiere todo. Él quiere a Dios. Y por lo tanto, rechaza la oferta. Las bendiciones de la tierra prometida son secundarias frente a la bendición verdadera que es Dios mismo. No solo somos salvos *del* pecado, sino que somos salvos *para* Dios.

La vida cristiana incluye una experiencia viva y palpable de Dios. Hay una relación real: una relación bidireccional en la que se da y se recibe, en la que se es amado y se ama. El cristianismo no es simplemente un conjunto de verdades que deberíamos creer acerca de Dios, ni un estilo de vida que deberíamos adoptar. Es una relación bidireccional, una relación que experimentamos aquí y ahora. En el pasado, los cristianos se han referido a esta relación como “comunión con Dios”. Hoy día, la palabra “comunión” se usa, por lo general, para referirse únicamente a la cena del Señor. Ellos, en cambio, la usaron en un sentido más general para hablar acerca de nuestra experiencia de Dios (la cual incluye la cena del Señor).

Aquí es donde entra a jugar el segundo principio: nuestra unidad con Dios en Cristo (que es toda la obra de Dios) es el fundamento de nuestra comunidad con Dios en la experiencia (la cual es una relación bidireccional). O, dicho en términos más sencillos, nuestra *unión con Dios* es el fundamento de nuestra *comunión con Dios*.



Este principio nos protege de dos peligros opuestos. El primero es pensar que nuestra relación con Dios es un logro de nuestra parte. Si nos consagramos a la oración o aprendemos técnicas de meditación o trabajamos duro sirviéndole, entonces podríamos suponer que realmente podemos conocer a Dios. Pero la unión con Dios es unidireccional. Se basa por completo en la gracia de Dios. Empieza con la elección amorosa del Padre. Se logra por medio de la obra del Hijo. Y se aplica a cada uno de nosotros por medio del Espíritu. De modo que no es, en absoluto, algo que nosotros logremos. No es algo a lo cual nosotros aportemos. Es un regalo que Dios nos da en su amor. La acción es unidireccional.

Quizá nunca hayas sentido que tienes una relación con Dios. Esto podría deberse a que nunca has confiado tu vida a Cristo. Jesús dice: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6). No existe otro medio para relacionarse con Dios aparte de Jesús.

El segundo peligro es conformarse con poco, con poco de Dios.

Mi madre ha sido cristiana durante casi sesenta años. Hace poco me dijo: “Jesús es más precioso para mí que nunca antes”. El mes anterior, ella había dicho: “Este año tu padre y yo hemos tenido más tiempos de bendición leyendo la Biblia que en cualquier otro momento de nuestras vidas”. Sesenta años desde su conversión y mi madre está gozando de Dios más que nunca.

Tú también puedes conocer más de Dios. Dios nos ha salvado para que podamos gozar de una relación con Él, y esta relación con Dios es bidireccional. Dios se relaciona con nosotros y nosotros nos relacionamos con Dios. De manera que nosotros



aportamos a la relación. Lo que hacemos afecta nuestra experiencia de Dios.

Imagina dos hijos. Cada día, Jaime le prepara el desayuno a su padre y conversan durante media hora mientras comen juntos. Más tarde, Jaime y su padre salen juntos a volar una cometa, jugar fútbol, leer un libro. Mientras tanto Pablo, el hermano mayor de Jaime, se avergüenza de su padre. Pablo se queda todo el día en su habitación oyendo su música a todo volumen. En las pocas ocasiones en las que Pablo se comunica con su padre, por lo general lo hace con gruñidos en actitud de desdén.

¿Cuántos hijos tiene el padre? La respuesta, por supuesto, es dos. Y ¿qué hicieron ellos para convertirse en hijos? Nada. Simplemente nacieron como hijos. Sin embargo, solo Jaime goza del hecho de ser hijo. Solo Jaime experimenta una buena relación con su padre.

Orar y leer tu Biblia no te hará más cristiano. Y el hecho de no hacerlo no te hará menos cristiano. De manera similar a Jaime y Pablo, nos convertimos en hijos de nuestro Padre celestial por el hecho de haber nacido, la diferencia es que los cristianos son nacidos *de nuevo*. Somos salvos solo por la gracia por medio de la fe en Cristo. Nuestro estatus de hijos de Dios es un regalo. Sin embargo, la medida en la cual gozamos de esa comunión depende de lo que hacemos. Pablo expresó esta dinámica de manera clara: “Sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús” (Filipenses 3:12).

### **¿IMPORTA LO QUE HACEMOS?**

Comprender esta diferencia entre la unión y la comunión nos guarda de pensar en dos extremos: que nuestras acciones son lo único que importa y que nuestras acciones no importan en absoluto.

- Nuestras acciones no nos hacen cristianos, no nos hacen más cristianos, ni nos mantienen siendo cristianos, porque nuestra unión con Dios es por completo obra suya.

- Nuestras acciones sí importan y afectan nuestro *disfrute* de Dios, porque nuestra comunión con Dios (nuestro disfrute de nuestra unión con Dios) implica una relación bidireccional.

Por eso, aunque seas cristiano, puedes sentir que tu relación con Dios es débil cuando descuidas esa relación. Y, al mismo tiempo, por esa razón puedes siempre afirmar que tu *unión* con Dios se basa en el fundamento sólido de la obra acabada de Cristo. Sin importar cuánto te equivoques ni descuides tu relación con Dios, siempre puedes empezar de nuevo, porque siempre estás unido a Dios en Cristo.

Vamos a enfocarnos en nuestra *comunión con Dios*, en cómo podemos gozar de una relación viva con Dios. Sin embargo, nunca debemos olvidar que el fundamento de nuestra comunión con Dios es nuestra *unión* con Dios en Cristo. La maravilla de la gracia de Dios es que nuestra relación con Él no es algo que tengamos que lograr. Es, de principio a fin, un regalo.

## **PUESTA EN PRÁCTICA**

Cuando era joven yo practicaba el bateo. Lo practicaba para jugar al críquet, pero estoy seguro de que funciona igual para béisbol o tenis. Lanzaba una pelota contra un muro y, al rebotar, la golpeaba con un palo. A veces usaba un bate, pero eso resultaba demasiado sencillo. Me forzaba a hacerlo con un palo para entrenarme, de modo que, cuando volvía a tomar un bate de críquet, pudiera golpear la pelota en el centro del bate. Repetía esto sin parar. Estoy seguro de que eso enloquecía a mi mamá.

Cada capítulo de este libro termina con un simple paso que puedes dar. Piensa en estos pasos como el equivalente a lanzar una pelota contra un muro. Algunas prácticas pueden parecer extrañas al principio. Pero van a fortalecer tus músculos espirituales y a ayudarte a desarrollar tus instintos espirituales.

O míralo de la siguiente manera. Si conduces a 160 kilómetros por hora, cubres tu velocímetro y tratas de desacelerar a 30

kilómetros por hora, ¿a qué velocidad llegarías en realidad? Para la mayoría de las personas, la respuesta es entre 60 y 80 kilómetros. Conducir a 160 kilómetros por hora altera tu percepción de lo que es una velocidad “normal”.

Ninguno de estos pasos es difícil ni complicado. Sin embargo, a algunos les pueden resultar un poco extraños o en cierta manera intensos. Puede que se sienta como conducir a 160 kilómetros por hora. Pero el objetivo es que, cuando dejes de hacerlos y te concentres en ello, tu “velocidad” espiritual normal sea 80 y no 30 kilómetros por hora. Por ejemplo, hablar con Dios, cuando vas de camino al trabajo, puede sentirse extraño. Y hacerlo todos los días a lo largo de cada jornada durante una semana definitivamente puede parecer intenso. Pero después se convertirá, esperemos, en una práctica natural para ti. Puede que llegue a parecerte mucho más normal hablar con Dios o pensar acerca de Dios en situaciones en las que antes no lo habrías hecho.

La práctica para este capítulo consiste en orar cada día durante una semana al Padre, luego al Hijo y luego al Espíritu Santo. En el Nuevo Testamento, la oración se dirige, por lo general, al Padre por medio del Hijo con la ayuda del Espíritu Santo. Es lo que se acostumbra regularmente, pero no siempre es el caso. Puesto que la oración al Padre es la norma en el Nuevo Testamento, esta debe ser la norma en nuestra vida de oración. Sin embargo, Jesús y el Espíritu no son menos Dios que el Padre, y por lo tanto, ellos pueden oír y contestar la oración. Aunque la Biblia no presente ejemplos claros de personas que oren al Espíritu Santo, en Hechos 7:59 Esteban ora a Jesús. A través de los siglos, los cristianos también han orado a Jesús y al Espíritu, así como al Padre. Un famoso himno del siglo IX empieza con estas palabras:

*Ven, Espíritu Santo Creador,  
desde el resplandor de tu trono;  
apodérate de nuestras almas,  
habita en ellas, tuyas son.*

Lo tradujo el reformador Martín Lutero para que fuera interpretado en el día de Pentecostés. De igual modo, el teólogo puritano John Owens dice: “La *naturaleza divina* es la razón y la causa de toda adoración; es, pues, imposible *adorar a una sola* Persona y no adorar a la Trinidad *entera*”.<sup>2</sup> A la luz de lo anterior, él sostiene que podemos orar al Hijo y al Espíritu. Y adorar al Hijo y al Espíritu constituye una forma provechosa de reflexionar en la participación específica de cada uno en nuestra vida.

## **ACCIÓN**

*Cada día, durante una semana, dedica tiempo a orar al Padre, luego al Hijo y luego al Espíritu. En cada caso, ofrece alabanza o presenta peticiones que estén relacionadas de manera particular con la participación específica de esa Persona en tu vida.*

## **PREGUNTAS PARA REFLEXIONAR**

- ¿Con cuál de los miembros de la Trinidad sientes que vives más una relación cercana y experimentada?
- ¿Qué sucede si pensamos en la unidad de Dios excluyendo a las tres Personas?
- ¿Qué sucede si pensamos en las tres Personas excluyendo la unidad de Dios?
- ¿Te parece a veces intimidante hablar de espiritualidad o de comunión con Dios? ¿Qué consuelo te ofrecen los principios de unión y de comunión?
- ¿Qué sucede si pensamos que nuestra unión con Dios requiere también nuestra participación? ¿Qué sucede si pensamos que nuestra comunión con Dios no requiere de nuestra participación?

---

2. John Owen, “Communion with God”, en *Works*, vol. 2, ed. William Goold, (Edimburgo: Banner of Truth, 1965), p. 268.